



Marita Soto

La puesta en escena de todos los días: prácticas estéticas de la vida cotidiana.

Buenos Aires, Eudeba, 2014.

Por Horacio Pérez-Henao

Facultad de Comunicación, Universidad de Medellín.

Medellín, Colombia.

hperez@udem.edu.co

Las reflexiones en torno a la estética han girado predominantemente sobre su relación, casi exclusiva, con el arte. Las preguntas por la sensibilidad, la belleza, el gusto, el placer o lo sublime han sido, en la mayoría de los casos, resueltas a la luz de lo que la cultura occidental asume como hecho artístico; de tal modo que la experiencia estética es ante todo una experiencia artística. Pero la vida cotidiana, esa especie de *lebenswelt* en el que transcurre el acontecer diario de los individuos, ha estado excluida de las discusiones que buscan trazar las fronteras entre lo que es o no es arte, o bien entre lo que es o no es estético. No hablamos aquí de las vanguardias del siglo xx que tomaron asuntos de la vida diaria y los convirtieron en el foco de su expresión, sino de la inquietud específica que lleva a interrogar las condiciones estéticas (no artísticas) de la cotidianidad. Es decir, ¿qué tiene de estético la vida cotidiana?

En *La puesta en escena de todos los días: prácticas estéticas de la vida cotidiana*, Marita Soto entrega los resultados de una juiciosa investigación con la cual intenta responder la pregunta formulada líneas arriba. De ahí que este libro sea, después de los estudios de Katya Mandoki (2006), el segundo referente más importante sobre la estética cotidiana en América Latina. A través de un trabajo de campo y de un acercamiento teórico multidisciplinario, Soto interpreta y explica las cualidades estéticas

exhibidas por los resultados que dejan las prácticas de los sujetos cuando de servir una mesa o acondicionar la sala de una casa se trata. Es decir, la autora aborda “un conjunto de operaciones *in situ* que confieren un tipo de propiedades que dan lugar a la presencia de la dimensión estética” (85). En este orden, Soto nos permite entender que, si bien el arte puede estar en la vida cotidiana, dicha vida cotidiana no necesariamente tiene que ser una obra de arte para dar cuenta de la experiencia estética.

La puesta en escena de todos los días posee seis capítulos, además de una introducción en la que se establece una contextualización temática, necesaria tanto para el lector nuevo en la disciplina de la estética cotidiana, como para los estudiosos de la misma. En la parte introductoria, entonces, queda planteado que –al observar detenidamente algunas prácticas de la cotidianidad– es posible identificar en los espacios y en los objetos cierta sintaxis estable y cualidad de exceso operadas por los individuos. El capítulo I resalta la importancia que ha adquirido la noción de vida cotidiana en la antropología, la sociología, la historia del arte y la filosofía. Así, con el fin de demarcar lo que entiende por vida cotidiana, Soto acude a las teorías de Maurizio Vitta, Henri Lefebvre, Michel de Certeau, Erving Goffman y Agnes Heller, para señalar que la cotidianidad es un ámbito que “se presenta previsible, inercial, de prácticas sostenidas y repetidas, de temporalidades múltiples y supuestas [...] constituyéndose, de esta manera, en la red que sostiene el dinamismo y el desenvolvimiento de eso que se denomina ‘vida’” (31-2). Al anclar su análisis en el desarrollo teórico del concepto de vida cotidiana, Soto aventaja a estudiosos de la estética cotidiana, como Kevin Melchionne (2017), Ossi Naukkarinen (2013), Thomas Leddy (2012) y Yuriko Saito (2007), quienes definen la vida diaria desde aproximaciones, quizá, muy personales, y sin el soporte teórico necesario. El capítulo II deja ver que, de un modo u otro, las cualidades estéticas de la vida diaria –desde el mismo Kant– han estado presentes en la articulación de las ideas que, históricamente, buscan configurar los ámbitos de lo estético y del arte, tanto en sus procesos de producción como de recepción. La recurrencia, por ejemplo, a la pintura flamenca del siglo XVII, las representaciones de la naturaleza muerta, el bodegón y los gestos de personajes anónimos, le permiten a Soto afirmar que el arte constituye el primer metatexto de la dimensión estética de la vida cotidiana (63). El capítulo III, por su parte, alude al desplazamiento de lo bello en el arte a las experiencias de la vida cotidiana. Así, de la mano de Jean Marie Schaeffer, Nelson Goodman y Gérard Genette, entre otros, se precisa que, en efecto, los individuos establecen relaciones estéticas, no obligatoriamente con el arte sino, también, con los objetos banales, naturales o producidos por el hombre. Infortunadamente, Soto reduce en exceso la estética cotidiana a la relación con los objetos y, sobre todo, con aquellos ubicados en el espacio familiar. Aunque entendemos que la investigación indagó por la puesta en escena en la sala de estar y en el comedor de siete hogares argentinos, se extraña una aclaración necesaria sobre cómo la estética cotidiana, como lo argumentan otros estudiosos, se expande a múltiples dimensiones de la vida diaria. El capítulo IV expone la metodología de la investigación. Allí se

puntualiza, además, que el objetivo del estudio es “discriminar dentro del conjunto de las prácticas de la vida cotidiana, aquellas a las que es pertinente atribuirles la presencia de la dimensión estética, distinta de otras con las que puede coexistir, por ejemplo, la utilitaria (también llamada funcional)” (85). En este orden, se anuncia que el objeto de observación será lo ya puesto en obra en la cotidianidad; para este caso, la organización de los objetos en la sala de estar y la mesa servida (caja escenográfica), además, nos enteramos en esta sección de que la perspectiva central del análisis será semiótica por lo cual el texto está acompañado por un ensayo fotográfico. El capítulo v recoge los resultados propiamente dichos de la investigación. Allí se expone la cualidad estética de prácticas – como enmarcar, ocultar, ordenar, resignar, descubrir o descartar– que llevan a cabo los individuos en su cotidianidad. El capítulo vi, por último, plantea una discusión donde se amplían algunas interrogantes de orden temporal y de segmentación sociocultural que podrían arrojar nuevos resultados sobre el objeto de estudio.

Entre los aportes que brinda *La puesta en escena de todos los días* al estudio de la estética cotidiana está la precisa descripción de las cualidades estéticas de aquellos asuntos atinentes a la cotidianidad que ofrece. Para ello, Soto no solo acude a la semiótica, sino que también a la retórica visual para establecer niveles de operaciones estéticas que le permiten interpretar acciones como limpiar, separar y enmarcar, entre otras. De limpiar, por ejemplo, afirma que es una operación funcional relacionada con la higiene del cuerpo y de los espacios, valorada desde finales del siglo XIX como propiedad estética (139). El acto de separar –dice– implica distinguir o clasificar con la intención de mostrar las referencias de los objetos y los entornos (127). Y la práctica de enmarcar la entiende como una acción que busca diferenciar figura y fondo, a fin de resaltar aquello que será el foco de atención (147). Todo esto, obviamente, en relación con los escenarios observados. En tal sentido, la investigación se aproxima a las reflexiones de Mandoki (2006), quien –también desde una óptica semiótica– propone el término de *prosaica* para referirse a la poética de la vida diaria, pero Soto se aleja del debate con el cual –desde hace algunas décadas– otros analistas (sobre todo anglosajones) tratan de instalar la estética cotidiana en los terrenos de una ética de la existencia.

Justamente, esta es una de las ausencias en *La puesta en escena de todos los días*. La falta de referencia a teóricos como Melchionne (2017), Naukkarinen (2013), Leddy (2012), Saito (2007) e, incluso, Mandoki (2006), crea un vacío para una comprensión más amplia de la estética cotidiana. Por ejemplo, en el transcurso de su investigación, la autora plantea un paralelo con el arte que deja la sensación al lector de que la estética cotidiana solo podría entenderse a la luz del campo artístico, cada vez que no se ahonda en la misma esteticidad de la cotidianidad sino en el reflejo de lo estético-artístico en la vida diaria. Y si bien Soto toma ideas de Lefebvre, Certeau y Heller para entender la complejidad del concepto de vida cotidiana, su análisis descuida la necesaria reflexión sobre lo rutinario en tanto elemento configurador de la cotidianidad; cotidianidad

que no solo se instala en los límites del hogar, sino que integra lo que Humberto Giannini, enfatizando la idea de rutina, denomina “trayecto rotatorio global por el que pasa la vida de todos los días...: Domicilio-calle-trabajo-calle-domicilio” (30). Esto, además, teniendo presente que la puesta en escena o caja escenográfica observadas parecen funcionar como una especie de obra de arte, y no una actividad diaria de los individuos. La sala de estar –en la mayoría de los casos– no exige una práctica constante en la disposición de la misma: permanece igual por largas temporadas; y en la organización de la mesa, aunque sabemos que es una acción cotidiana, surgen preguntas sobre las variaciones que podrían darse dependiendo del momento del día (desayuno, almuerzo, cena) o de si se trata de ocasiones especiales (celebraciones), y si es esto último, ¿corresponde ello a la estética cotidiana? Por otro lado –como se había mencionado– el libro parece indicar que la estética cotidiana está vinculada fundamentalmente a la relación de las personas con los objetos. No obstante, esta perspectiva ha sido criticada por su centralidad objetual (igual que el arte), dado que existen otras instancias de la cotidianidad en las que cabría explorar la cualidad de lo estético, a saber, el cuerpo, el sexo, el clima, las relaciones interpersonales, el trabajo o los desplazamientos urbanos, por mencionar algunos.

Dicho esto, *La puesta en escena de todos los días: prácticas estéticas de la vida cotidiana* es un texto de consulta obligatoria para quienes en la academia latinoamericana hemos considerado que la experiencia estética no se circunscribe exclusivamente a la visita al museo, a la sala de conciertos o a la ópera, sino que ésta también se da en los escenarios múltiples que a diario vive la gente del común. Es ahí cuando hablamos de una estética cotidiana.

Referencias

- Giannini, Humberto. *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1987.
- Leddy, Thomas. *The extraordinary in the ordinary*. Peterborough, Broadview Press, 2012.
- Mandoki, Katya. *Estética cotidiana y juegos de la cultura. Prosaica I*. Ciudad de México, Siglo XXI, 2006.
- Melchionne, Kevin. “Definición de estética cotidiana”. Traducido por Horacio Pérez-Henao. *Revista Kepes*, vol. 14, no. 16, 2017, pp. 175-183.
- Naukkarinen, Ossi. “What is ‘Everyday’ in Everyday Aesthetics?” *Contemporary Aesthetics*, vol. 11, 2013, www.contempaesthetics.org/newvolume/pages/article.php?articleID=675
- Saito, Yuriko. *Everyday Aesthetics*. Oxford, Oxford University Press, 2007.